

UN RECUERDO



INOLVIDABLE

“UN RECUERDO INOLVIDABLE”

Me olvidé. Me olvidé durante mucho tiempo de los pequeños problemas, porque a veces pensamos que nuestros problemas son los más grandes del mundo, pero nunca pensamos que hay problemas mucho más grandes que los nuestros. A esta reflexión llegué desde que conocí a Sebastián.

Cada tarde al salir del cole, de camino a casa, me encantaba pasar por la biblioteca y observar los grandes tesoros que se mostraban en aquel lugar, los libros. Adoro leer y en cada libro me sumerjo en una historia distinta, imaginaria pero muy real. Una tarde fría de invierno, cuando salía de la biblioteca, vi sentado en un banco de enfrente un señor mayor, con gafas, bastón, de pelo blanco, bigote y abrigo de cuadros. Me llamó la atención de que en sus manos sostenía un libro, al que miraba minuciosamente. Me acerqué a él y le pregunté qué hacía allí sentado con el frío que hacía. Apartó su mirada un momento del libro y mirándome fijamente me respondió que intentaba “no olvidar” y continuó mirando el libro. Atónitamente continué mi camino a casa. Al siguiente día volví a pasar por delante de la biblioteca y ahí estaba otra vez sentado aquel señor mayor con un libro en sus manos. Esta vez quise saber más de él, así que, con el desparpajo que me caracteriza me senté a su lado y vi que el libro que tenía lo había leído antes yo y empecé a resumirle la historia. Atentamente me escuchaba y con media sonrisa me dijo su nombre, Sebastián se llamaba. Era una persona que transmitía mucha serenidad y cariño, pero también había tristeza en su mirada. Cada día, cuando volvía del cole, me pasaba a saludarlo y de camino echábamos un ratito juntos de risas y compañía. No hablaba mucho, pero por lo poco que contaba parecía que la vida no le había tratado muy bien. Me contó que tenía una hija pero que vivía en otro país y que hacía mucho que no la veía, por lo que decía que estaba completamente sólo. Le encantaba pasar la tarde conmigo leyéndole cuentos y a mí me encantaba leérselos. Nuestras largas charlas hacían que me olvidara de mis problemas y él cambió, ya no era el señor de triste mirada perdida que conocí aquel día.

Pero un día, que como siempre me dirigía al banco a pasar la tarde con Sebastián, él no estaba. Y así un día y otro día, hasta que la bibliotecaria se dirigió a mí y me dio una carta. Me dijo que se la dio Sebastián días atrás pero que no se acordó de dármela antes. Me senté a leerla en el banco:

“Querida Sofía, jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí durante este tiempo. Sabes que no he tenido una vida fácil y aquella tarde en el banco me dio la oportunidad de conocerte. ¡Bendito el día que te conocí!. He sido muy feliz con tu compañía y gracias a ti he olvidado la soledad e incluso mi salud ha mejorado. Pero ahora debo marchar, ha regresado mi hija y quiere que me vaya a vivir con ella y con su familia. Sé que esta noticia no será muy agradable para ti, para mí tampoco. Recuerda que siempre estarás en mi corazón “nieta” mía. Te quiere mucho tu “abuelo” Sebastián”.

No pude contener las lágrimas leyendo su carta, por un momento sentí como si hubiese perdido a un ser querido, como si hubiese perdido realmente a mi abuelo. En ese justo momento la puerta de un coche se abrió y de él salieron Sebastián y su hija. Los dos nos fundimos en un fuerte abrazo. Cual fue mi sorpresa cuando su hija se acercó a mí y cogiéndome las manos, me agradeció la compañía que le había dado a su padre que vivía con ellos enfermo de alzhéimer, que había mejorado bastante su enfermedad desde que yo le leía libros, pero que ahora se mudaban a otra ciudad y no iba a poder verlo como hasta ahora.

Sebastián se fue y una parte de mí se fue con él. Pero desde el fondo de mi corazón siento alegría, alegría porque con tan poquito entregado, algunos ratos de risas y charlas he ayudado a una persona a no permanecer en el olvido, porque son personas inocentes, llenas de amor y de cariño y que todos debemos ayudarles a recordar y no olvidar jamás a estos seres tan maravillosos.

ALAS